

En el camino a ninguna parte
Civilización, tecnología y barbarie

DAVID WATSON

Traducción de Juanma Agulles

Primera edición: *Septiembre 2018*

Título: *En el camino a ninguna parte*

Subtítulo: *Civilización, tecnología y barbarie*

Autor: *David Watson*

Traducción: *Juanma Agulles*

Diseño de la colección: *Miguel Sánchez Lindo*

Corrección ortotipográfica: *Salvador Cobo*

Impreso por: *Kadmos*

ISBN: *978-84-947647-1-4*

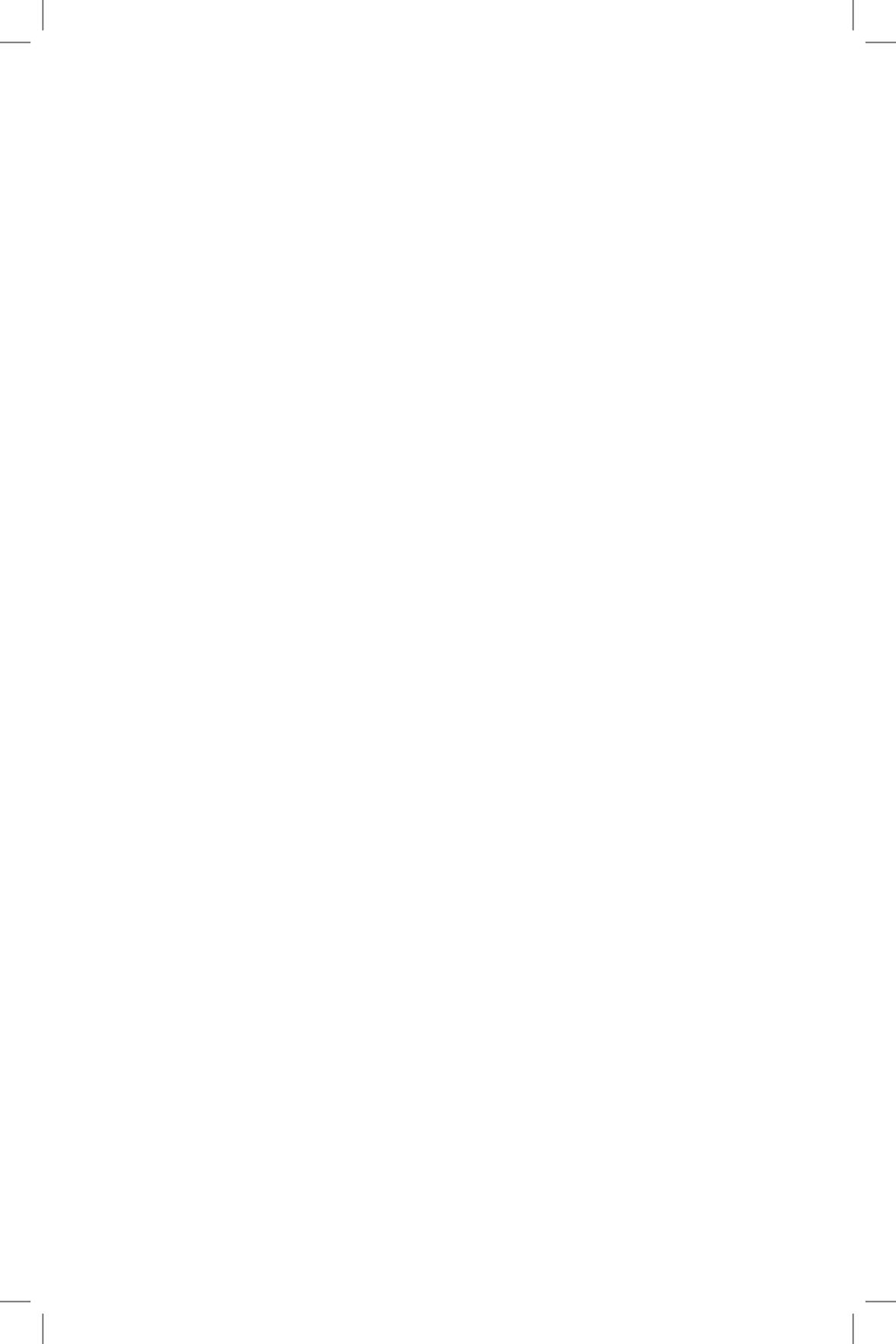
Depósito legal: *M-21697-2018*

Para pedidos e insultos: *revistaculdesac@gmail.com*

Se puede reproducir este libro tranquilamente

Índice

Nota de los editores	7
La civilización es como un avión a reacción	13
Civilización al por mayor.....	19
Notas sobre la desaparición de la historia	35
El lenguaje de la domesticación y la domesticación del lenguaje.....	47
La cuestión de la agricultura	57
Saturno y la ciencia.....	69
Un apunte sobre las «tecnologías blandas».....	73
Todos vivimos en Bhopal.....	79
Unabomber y el futuro de la sociedad industrial.....	91
Un humilde llamamiento a subvertir el imperio humano	119
Marx, Thoreau y nosotros	129
En el camino a ninguna parte	143
Epílogo.....	155
Procedencia de los textos	211



Nota de los editores

Los artículos recogidos en esta antología fueron publicados a lo largo de tres décadas, y se presentan por primera vez en castellano. Queremos agradecer a David Watson su paciente y entusiasta colaboración en la preparación de este libro. También queremos dar las gracias a Sebastián Miras y Víctor Figueroa, por su lectura del primer borrador de la traducción y sus correcciones y sugerencias, que nos han sido de gran utilidad.



En el camino a ninguna parte
Civilización, tecnología y barbarie



*A Mario, que figura profundamente
en el mundo nuevo que llevo en el corazón*



La civilización es como un avión a reacción

La noche en que se estrelló un avión coreano¹ y fue noticia en los periódicos, soñé con un tornado. Un tornado, una especie de espiral que representa el laberinto y la muerte.

La muerte ahora mismo es muy poderosa. En lugar de ser un trance por el que pasamos, se ha convertido en un fallo técnico, en un matadero tecnológico. El fallo humano y el fallo técnico se vuelven indistinguibles cuando el robot infalible y el sádico furibundo se funden en uno. (Recuerdo la entrevista al piloto soviético —aunque podría tratarse de cualquier pistolero de las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos al mando de cualquier má-

1. El 1 de septiembre de 1983, el vuelo KAL 007 de Korean Air Lines fue derribado por cazas soviéticos cuando sobrevolaba espacio aéreo restringido. En el avión viajaban 269 pasajeros más la tripulación. La Unión Soviética dijo desconocer el carácter civil del vuelo, y atribuyó la invasión de su espacio aéreo a supuestas tareas de espionaje. En el mismo lugar, ese día y el anterior, tuvieron lugar maniobras militares del ejército de la URSS debido a la presencia de aparatos militares estadounidenses que violaron el espacio aéreo soviético. Tras el derribo del avión coreano, Ronald Reagan reforzó sus posturas anticomunistas, y las relaciones entre EE.UU. y la Unión Soviética se tensaron. Las implicaciones geopolíticas del suceso, en el contexto de la Guerra Fría, fueron inmensas, y nunca se llegó a aclarar del todo este episodio. (*N. del T.*)

quina de guerra—: «Volvería a hacerlo; es más: volvería a disfrutar de cada segundo». Evidentemente, el piloto contaba con el respaldo de la CIA y del ejército estadounidense, que estaban a la escucha y lo grabaron todo, sin advertir a nadie con el fin de salvar las vidas de los pasajeros. Después de todo, *no* era asunto suyo).

Así que nos acercamos a la medianoche, la hora de la muerte. Reagan, encaramado a su tabla de surf de mentiras y de hipócrita superioridad moral, cabalga triunfante las olas y afirma que el derribo del KAL 007 (¡quién podría pensar que *no* se trataba de un avión espía con ese nombre!) representa un «gran punto de inflexión» en la historia del mundo, y añade: «Podemos empezar a prepararnos para lo que John F. Kennedy llamó una larga lucha crepuscular». Otra falsedad: el crimen no es algo inédito, ha sido algo constante, desde el exterminio de los indios «salvajes» a las multitudinarias masacres contra los «nativos» en Vietnam; estos lunáticos evangélicos, estos flagelos de la Gran Oscuridad, estos agentes del Caos, llevan librando su particular lucha crepuscular durante mucho más tiempo del que podemos recordar.

Pero hay que señalar que el accidente, con su toque de locura militarista —en cierto sentido, una variante más del delirio tecnológico—, en el fondo es muy parecido a todos los desastres aéreos. La civilización es como un avión a reacción, y sus versiones del Este y del Oeste son las dos alas que mantienen en el aire a este monstruo gigantesco.

La civilización es como un avión a reacción: ruidosa y consumidora de cantidades ingentes de combustible. Para mantenerla en funcionamiento se ha contaminado sin cesar y se han cometido todos los crímenes habidos y por haber. A su paso, las especies se extinguen y poblaciones enteras desaparecen. Su sombra reflejada en el agua evoca una mancha de aceite. Sus re-

actores succionan aves, volatilizándolas. Cada una de sus partes ha sido fabricada, como las cápsulas espaciales, con los materiales más baratos, como recalcara con preocupación Gus Grissom² antes de morir calcinado en una de ellas.

La civilización es como un 747: el aire reciclado, el hilo musical en los auriculares, una falsa sensación de seguridad, los alimentos sintéticos, las bandejas de plástico, todos los pasajeros sentados pasivamente en filas ordenadas de asientos acolchados, mientras contemplan la Muerte en una pantalla. La civilización es como un avión a reacción: en la cabina de mando, un idiota sabihondo manipula controles informatizados fabricados por malhumorados trabajadores precarios, y que depende para su pilotaje de las indicaciones de técnicos soñolientos, atiborrados de anfetaminas, con la mente embotada por los deportes y el sexo.

La civilización es como un 747: atestada, al límite de su capacidad, de voluntarios reclutados bajo coacción; algunos cautivados por la velocidad, la mayoría al borde del terror y la náusea, y aun así seducidos por la publicidad y la propaganda. Es como un DC-10³, tan férreamente sellado que uno desearía romper sus paredes de hojalata y escapar, abrirse paso a través de las nubes, y dejar atrás los gritos y estertores de esa bestia a punto de llegar al límite. El menor error, el menor fallo técnico, conduce de inmediato a la catástrofe, esparciendo cual presagios tardíos tus patéticas entrañas a lo largo de la pista de aterrizaje, arrancándote de cuajo los zapatos, rompiéndote los huesos como si fueran cáscaras de huevo.

2. Astronauta estadounidense fallecido en 1967 durante el incendio del Apolo 1. El comentario se ha atribuido a varios astronautas, por lo que parece ser que era un lugar común entre ellos. (*N. del T.*)

3. El McDonnell Douglas DC-10 fue un modelo de avión a reacción, construido a principios de los años setenta en la estela del Boeing 747. (*N. del T.*)

(Por supuesto, la civilización se parece, además de a los aviones, a muchas otras cosas —siempre cosas—: a un canal de drenaje lleno de químicos, a un bosque talado para ampliar una pista de aterrizaje o para construir un nuevo centro comercial donde la gente pueda comprar cuencos para la ensalada hechos con exóticos árboles tropicales que se extinguirán en una semana; o quizá a un desguace de coches, o a un puente colgante que se viene abajo porque un solo perno andaba suelto. La civilización es una hidra. Hay multitud de colores, estilos y tallas de Muerte entre las que elegir).

La civilización es como un Boeing a reacción porque transporta a personas que nunca habían experimentado su humanidad en el lugar donde habitan hasta lugares a los que no deberían haber ido. De hecho, transporta sobre todo a empresarios trajeados, con maletines llenos de gráficos y contratos, ejecutivos amorales que son idénticos en todas partes y que por lo tanto no tienen motivo alguno para esos desplazamientos. Y cada vez sucede más rápido, convirtiendo más y más lugares en aeropuertos, el hábitat (anti)natural de los hombres de negocio.

Es todo un misterio cómo despega del suelo. Se desliza por la pista, las luces parpadean sobre el asfalto como cicatrices eléctricas en la piel de la tierra. Adquiere velocidad y entonces suelta un bufido que viola el aire, elevándose entre olas refulgentes de calor y de la suciedad que se esparce con el viento, como refugiados que escapasen del bombardeo de una ciudad. Sí, resulta excitante, es todo un misterio, cuando la vida ha sido aniquilada y sus cimientos destrozados.

Pero la civilización, como el avión a reacción, ese anómalo fénix incapaz de renacer de sus cenizas, también se desmorona sobre la faz de la Tierra como un millón de avisperos ecllosionando. Las llamas se extienden a lo largo de la pista como tentáculos de gasolina, entre maletas y carne chamuscada. Y,

siempre, los absurdos despojos, el confeti de la Muerte, los fragmentos que quedan para burlarse de nosotros, esparcidos a lo largo de la errática trayectoria del pájaro moribundo: una cabeza de muñeca, zapatos, gafas, la hebilla de un cinturón.

Los aviones caen, las civilizaciones caen, y esta civilización caerá. Leeremos mal los indicadores (o quizá fallen) durante una nevada. Las alas, supuestamente descongeladas, estarán demasiado heladas como para hendir el aire, y el ave se desplomará como una losa, rozando antes de manera accidental un puente (porque la civilización también se asemeja a un puente, que va del Paraíso a Ninguna Parte); un puente atestado, por ejemplo, de personas que van al trabajo o vienen de él, es decir, que salen para o salen de un aeropuerto, metidos en sus coches (aviones sin alas) como ofrendas adicionales del sacrificio a una voraz Medusa.

Después se sumergirá en las gélidas aguas de un río, quizás el Potomac⁴, o el Jordán, o el Leteo. Y nosotros estaremos allí dentro, cada uno en la ventanilla que tengamos asignada, como cabezas de muñecas encerradas en plexiglás, hundiéndonos para siempre.

4. La tarde del 13 de enero de 1982, un Boeing 737 intentó despegar desde el aeropuerto nacional de Washington bajo una intensa nevada. Segundos después arrolló a varios vehículos que se encontraban en un atasco sobre el puente de la Calle 14 y se hundió en las heladas aguas del río Potomac. Murieron 78 personas. (*N. del T.*)